



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 25 de agosto de 1982

Analogía de la relación que existe entre Cristo y la Iglesia y la que existe entre el esposo y la esposa

1. En las precedentes reflexiones sobre el capítulo 5 de la Carta a los Efesios (21-33) hemos llamado especialmente la atención sobre la analogía de la relación que existe entre Cristo y la Iglesia, y de la que existe entre el esposo y la esposa, esto es, entre el marido y la mujer, unidos por el vínculo matrimonial. Antes de disponernos al análisis de los pasajes siguientes del texto en cuestión, debemos tomar conciencia del hecho de que en el ámbito de la fundamental analogía paulina: Cristo e Iglesia, por una parte, hombre y mujer, como esposos, por otra, hay también *una analogía suplementaria*: esto es, la analogía *de la Cabeza y del Cuerpo*. Precisamente esta analogía confiere un significado principalmente eclesiológico al enunciado que analizamos: la Iglesia, como tal, está formada por Cristo; está constituida por Él en su parte esencial, como el cuerpo por la cabeza. La unión del cuerpo con la cabeza es sobre todo de naturaleza orgánica, es, sencillamente, la unión somática del organismo humano. Sobre esta unión orgánica se funda, de modo directo la unión biológica, en cuanto se puede decir que «el cuerpo vive de la cabeza» (si bien del mismo modo, aunque de otra manera, la cabeza vive del cuerpo). Y además, si se trata del hombre, sobre esta unión orgánica se funda también la unión psíquica, entendida en su integridad y, en definitiva, la unidad integral de la persona humana.

2. Como ya he dicho (al menos en el pasaje analizado), el autor de la Carta a los Efesios ha introducido la analogía suplementaria de la cabeza y del cuerpo en el ámbito de la analogía del matrimonio. Parece incluso que haya concebido la primera analogía: «cabeza, cuerpo», de manera más central desde el punto de vista de la verdad sobre Cristo y sobre la Iglesia, que él proclama. Sin embargo, hay que afirmar del mismo modo que no *la ha puesto al lado o fuera de la*

analogía del matrimonio como vínculo nupcial. Más aún, al contrario. En todo el texto de la Carta a los Efesios (5, 22-33), y especialmente en la primera parte, de la que nos estamos ocupando (5, 22-23), el autor habla como si en el matrimonio también el marido fuera «cabeza de la mujer», y la mujer «cuerpo del marido», cual si los dos cónyuges formaran una unión orgánica. Esto puede hallar su fundamento en el texto del Génesis donde se habla de «una sola carne» (Gén 2, 24), o sea, en el mismo texto al que se referirá el autor de la Carta a los Efesios después en el marco de su gran analogía. No obstante, en el texto del libro del Génesis se pone claramente de relieve que se trata del hombre y de la mujer como de dos distintos sujetos personales, que deciden conscientemente su unión conyugal, definida por el arcaico texto con los términos: «una sola carne». Y también en la Carta a los Efesios queda igualmente claro. El autor se sirve de una doble analogía: cabeza-cuerpo, marido-mujer, a fin de ilustrar con claridad *la naturaleza de la unión entre Cristo y la Iglesia*. En cierto sentido, especialmente en este primer pasaje del texto a los Efesios 5, 22-23, la dimensión eclesiológica parece decisiva y predominante.

3. «Las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia y salvador de su cuerpo. Y como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus maridos en todo. Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella...» (Ef 5, 22-25).

Esta analogía suplementaria «cabeza-cuerpo» hace que en el ámbito de todo el pasaje de la Carta a los Efesios 5, 22-33, nos encontremos con dos sujetos distintos, los cuales, en virtud de una especial relación recíproca, *vienen a ser, en cierto sentido un solo sujeto*: la cabeza constituye juntamente con el cuerpo un sujeto (en el sentido físico y metafísico), un organismo, una persona humana, un ser. No cabe duda de que Cristo es un sujeto diverso de la Iglesia, sin embargo, en virtud de una relación especial, se une con ella, como en una unión orgánica de cabeza y cuerpo: la Iglesia es así fuertemente, así esencialmente ella misma en virtud de la unión con Cristo (místico). ¿Se puede decir lo mismo de los esposos, del hombre y de la mujer, unidos por un vínculo matrimonial? Si el autor de la Carta a los Efesios ve *la analogía de la unión de la cabeza con el cuerpo* también en el matrimonio, esta analogía, en cierto sentido, parece referirse al matrimonio, teniendo en cuenta la unión que Cristo constituye con la Iglesia y la Iglesia con Cristo. La analogía, pues, se refiere sobre todo al matrimonio mismo como a la unión en virtud de la cual «serán dos una sola carne» (Ef 5, 31; cf. Gén 2, 24).

4. Sin embargo, esta analogía *no oscurece la individualidad de los sujetos*: la del marido y la de la mujer, es decir, la esencial bi-subjetividad que está en la base de la imagen de «un solo cuerpo», más aún, la esencial bi-subjetividad del marido y de la mujer en el matrimonio, que hace de ellos, en cierto sentido, «un solo cuerpo», pasa, en el ámbito de todo el texto que estamos examinando (Ef 5, 22-33), a la imagen de la Iglesia-Cuerpo, unido con Cristo como Cabeza. Esto se ve especialmente en la continuación de este texto, donde el autor describe la relación de Cristo con la Iglesia precisamente mediante la imagen de la relación del marido con la mujer. En esta descripción la Iglesia-Cuerpo de Cristo aparece claramente como el sujeto segundo de la unión

conyugal, al cual el sujeto primero, Cristo, manifiesta el amor con que la ha amado, entregándose «a sí mismo por ella». Ese amor es imagen y, sobre todo, modelo del amor que el marido debe manifestar a la mujer en el matrimonio cuando ambos están sometidos uno al otro «en el temor de Cristo».

5. Efectivamente, leemos: «Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola, mediante el lavado del agua, con la palabra, a fin de presentársela así gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e inmaculada. Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne» (Ef 5, 25-31).

6. Es fácil descubrir que en esta parte del texto de la Carta a los Efesios 5, 22-33 «*prevalece*» claramente *la bi-subjetividad*: se pone de relieve tanto en la relación Cristo-Iglesia como en la relación marido-mujer. Esto no quiere decir que desaparezca la imagen de un sujeto único: la imagen de «un solo cuerpo». Esta se conserva incluso en el pasaje de nuestro texto, y en cierto sentido está allí todavía mejor explicada. Lo veremos con mayor claridad al analizar detalladamente el pasaje antes citado. Así, pues, el autor de la Carta a los Efesios habla del amor de Cristo a la Iglesia, explicando el modo en que se expresa ese amor, y presentando, a la vez, tanto ese amor como sus expresiones cual modelo que debe seguir el marido con relación a la propia mujer. El amor de Cristo a la Iglesia tiene como finalidad esencialmente su *santificación*: «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella... para santificarla» (Ef 5, 25-26). En el *principio* de esta santificación está el *bautismo*, fruto primero y esencial de la entrega de sí que Cristo ha hecho por la Iglesia. En este texto el bautismo no es llamado por su propio nombre, sino definido como purificación «mediante el lavado del agua, con la palabra» (Ef 5-26). Este lavado, con la potencia que se deriva de la donación redentora de sí, que Cristo ha hecho por la Iglesia, realiza la purificación fundamental mediante la cual el amor de Él a la Iglesia adquiere un carácter nupcial a los ojos del autor de la Carta.

7. Es sabido que en el sacramento del bautismo participa un sujeto individual en la Iglesia. Sin embargo, el autor de la Carta, a través de ese sujeto individual del bautismo ve a toda la Iglesia. El amor nupcial de Cristo se refiere a ella, a la Iglesia, siempre que una persona individual recibe en ella la purificación fundamental por medio del bautismo. El que recibe el bautismo, en virtud del amor redentor de Cristo, se hace, al mismo tiempo, partícipe de su amor nupcial a la Iglesia. «El lavado del agua, con la palabra» en nuestro texto es *la expresión del amor nupcial* en el sentido de que prepara a la esposa (Iglesia) para el esposo, hace a la Iglesia esposa de Cristo, diría, «in actu primo». Algunos estudiosos de la Biblia observan aquí que, en el texto que hemos citado, el «lavado del agua» evoca la ablución ritual que precedía a los desposorios, y que constituía un importante rito religioso incluso entre los griegos.

8. Como sacramento del bautismo el «lavado del agua con la palabra» (Ef 5, 26) convierte a la Iglesia en esposa no sólo «*in actu primo*», sino también en la perspectiva más lejana, o sea, *en la perspectiva escatológica*. Esta se abre ante nosotros cuando, en la Carta a los Efesios, leemos que «el lavado del agua» sirve, por parte del esposo, «a fin de presentársela así gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e inmaculada» (Ef 5, 27). La expresión «presentársela» parece indicar el momento del desposorio, cuando la esposa es llevada al esposo, vestida ya con el traje nupcial, y adornada para la boda. El texto citado pone de relieve que el mismo Cristo-Esposo se preocupa de adornar a la Esposa-Iglesia, procura que esté hermosa con la belleza de la gracia, hermosa gracias al don de la salvación en su plenitud, concedido ya desde el sacramento del bautismo. Pero el bautismo es sólo el comienzo, del que deberá surgir la figura de la Iglesia gloriosa (como leemos en el texto), cual fruto definitivo del amor redentor y nupcial, solamente en la última venida de Cristo (parusía).

Vemos con cuánta profundidad el autor de la Carta a los Efesios escruta la realidad sacramental, al proclamar su gran analogía: tanto la unión de Cristo con la Iglesia, como la unión nupcial del hombre y de la mujer en el matrimonio quedan iluminados de este modo por una especial luz sobrenatural.

Saludos

Saludo cordialmente y doy la bienvenida a esta audiencia a los peregrinos de lengua española procedentes de diversos países.

Un saludo muy cordial al grupo de sacerdotes provenientes de España que celebran sus XXV años de ordenación.

Doy gracias a Dios con vosotros, queridos hermanos, por el don inestimable de vuestro sacerdocio. Renovad cada día la gracia que está en vosotros por la imposición de las manos y vivid con alegría la entrega a la Iglesia. Os bendigo con afecto, junto con vuestros familiares.

Saludo también y bendigo al grupo de la Obra de Ejercicios de Pamplona, animándoles a amar y difundir los valores del espíritu.

A todos los aquí presentes de lengua española imparto con afecto mi bendición apostólica.